



**EMBAJADA DE HONDURAS
ANTE LA SANTA SEDE**

**NOSTRA AETATE
Sobre las relaciones de la Iglesia con las Religiones No Cristianas**

**Carlos Avila Molina
Embajador**

En el año 1965 recibimos del Concilio Vaticano II en la Declaración NOSTRA AETATE, un enorme, un motivante mensaje para el diálogo y la convivencia entre las culturas y las diversas religiones, preparando la comunidad católica a ser parte de aquellos que construyen puentes de fraternidad.

Entre las tres religiones monoteístas, es más evidente la existencia de raíces comunes que se vuelven puentes que facilitan el encuentro entre hermanos y en la Declaración NOSTRA AETATE se ha resaltado la creencia compartida en un único DIOS creador del cielo y de la tierra y con ello se acrecienta la esperanza que los Padres del Concilio Vaticano II compartieron con el Beato Pablo VI de que el sagrado Concilio “ *siguiendo las huellas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, ruega ardientemente a los fieles que observando en medio de las naciones una conducta ejemplar, si es posible, en cuanto de ellos dependa, tengan paz con todos los hombres, para que sean verdaderos hijos del Padre que está en los cielos*”.

La Declaración **NOSTRA AETATE** (Nuestro Tiempo), promulgada hace cincuenta años por San Paulo VI, además de contener una catequesis completa para la humanidad, muestra una característica especial sobre su vigencia pues al igual que toda escritura desarrollada a partir de la palabra de DIOS e inspirada por el Espíritu Santo, es eterna, es decir, en cualquier época y contexto geopolítico en que sea lea y reflexione sobre ella, nos sorprenderá su pertinencia al tiempo y momentos en que se vive.

Cada vez son diversas y mayores las necesidades que se originan en los crecimientos de la población en el mundo y, en correspondencia a ese crecimiento, son mayores las relaciones, vínculos y dependencias que cada ser humano posee del resto de la humanidad, no solo de la



familia en que ha nacido sino, en visión amplia, de todas las comunidades de seres humanos que pueblan el mundo.

Inicia acá un gran fundamento de la Declaración: **“DIOS hizo hablar a todo el género humano sobre la faz de la tierra”**, es decir, no creó en su gran obra, seres humanos de menor valía bajo otros, TODOS nacemos dotados de la dignidad de ser hijos de un mismo Padre Celestial y por ello TODOS integramos la gran familia en la que unos y otros debemos velar por el BIEN COMUN.

JESUCRISTO vino a quitar el velo de nuestros ojos sobre la VERDAD DIVINA de nuestra HERMANDAD y nos fue mostrando el amor misericordioso de nuestro PADRE, de manera que, si antes de su tiempo se vivían diferencias entre conquistadores y conquistados y aún entre ellos diferencias de clases, con su venida, ejemplo y muerte en la cruz por nuestra redención, cambia en la faz de la tierra toda relación existente entre los hombres.

Pero en NUESTRO TIEMPO (Nostra Aetate) continuamos sin darnos por enterados de esa GRAN VERDAD y procedemos de manera egoísta y sin preocupación por el bienestar de nuestros hermanos, ese hermano que no acabamos de comprender no es solo un personaje de una parábola que como forma de transmitir su mensaje utilizó nuestro Señor Jesucristo, sino que hoy vive en cualquier lugar del planeta que DIOS nos dio como NUESTRA CASA COMUN.

Es necesario pensar entonces si comprendimos bien el mandamiento de “AMA A TU PROJIMO COMO A TI MISMO”.

En lo propio he llegado a entender, durante el par de años que he servido en la Embajada ante la Santa Sede, que cuando recibí la catequesis en que se me transmitía el conocimiento de los DIEZ MANDAMIENTOS, se me explicó y lo acepté como una verdad indudable, que la palabra PROJIMO debería entenderse con la simplicidad del cambio de una letra en el idioma español: PROXIMO por PROJIMO, es decir, que debía entender y aceptar como mi prójimo a la persona que tengo más cercana a mí, cuando ello, lejos de hacerme sentir parte de la gran hermandad de la humanidad, me fue conduciendo a ir creando pequeños círculos con las personas que me rodeaban y con ello a aislarme del resto de hermanos que DIOS creó en cada rincón del mundo.

Esa catequesis simplista creo ha ido forjando generaciones y generaciones de hombres que, habiendo nacido en una comunidad de un determinado país y continente, NO SIENTEN como

suyo el dolor que sufren sus hermanos no solo de su mismo país sino tampoco los sufrimientos de quienes nacieron y crecen al otro lado del mundo.

Olvidamos que la hermandad es universal entre los hombres por designio de nuestro creador y que al igual que el género humano comparte tipos sanguíneos con los cuales puede recibir o donar el líquido vital para salvar la vida de otro ser humano, compartimos principios, valores y bienes espirituales y morales que nunca deben ni dejarán de estar vigentes en NOSTRA AETATE.

Las tragedias de nuestros hermanos que sufren por ser víctimas del tráfico de personas, esclavitud, tráfico de órganos o explotación sexual, genocidios, persecuciones por su FE y hasta la muerte por martirio deben representar una preocupación permanente y causas de dolor de todo ser humano pues, al comprender que PROJIMO lo es TODO SER HUMANO y no solo el que está a su lado, comenzaremos a cumplir el mandamiento de AMARAS A TU PROJIMO COMO A TI MISMO.

NOSTRA AETATE sacude el espíritu que nos fue infundido por DIOS PADRE y clama porque escuchemos ese grito de desesperación, de gemido lastimero y de búsqueda de ayuda, muchas veces silencioso, sin fuerzas, y que pierde lastimosamente poco a poco la esperanza de ser escuchados y que UN BUEN SAMARITANO se detenga a su lado y le vea como el hermano que es, como el PROJIMO que nunca dejó de ser.

Es esa hermandad divina la que nos debe hacer sentir y creer que quienes profesan religiones no cristianas, merecen todo nuestro AMOR, COMPRENSION y preocupación por sus necesidades: No existe mayor amor que dar la vida por los hermanos.

Las reflexiones que abrió esta Declaración de la Santa Iglesia Católica en el Concilio Vaticano II en todas las religiones del mundo, se han vuelto PUENTES entre las diversas comunidades que, hasta antes de volverse temas de abordaje universal, se encontraban aisladas por sus creencias, temores y desconfianzas y, EN NUESTRO TIEMPO podemos ver con más que sobrados testimonios, que han contribuido a descubrir lazos de hermandad en la diversidad con nuestra Iglesia Católica, lazos que cada vez se vuelven más fuertes con el auxilio del ESPIRITU SANTO.

Es, sin embargo, motivo de especial reflexión el que la exhortación que realizara San Paulo VI a los creyentes católicos para que **“con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración**



con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y de vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen” tenga vigencia EN NUESTRO TIEMPO (Nostra Aetate).

La exhortación vuelve a ser realizada en NUESTRO TIEMPO (Nostra Aetate) cuando el Santo Padre Francisco ha insistido en que profundicemos en la lectura y conocimiento de las SAGRADAS ESCRITURAS pues, si no las conocemos ¿Cómo podremos dar testimonio de fe y de vida cristiana?

Ha pedido el Santo Padre Francisco el que nos hagamos acompañar de una versión impresa de los Santos Evangelios para leerles en cualquier momento y nos nutramos de ellos cuando dispongamos de tiempo, en la libertad que para la conducción de nuestra vida hemos recibido, pero ello, a no dudarlo, nos preparará día a día para poder dar testimonio de fe y de vida cristiana.

Como podemos visualizar, tan especial invitación en la Iglesia Católica a ser portadores de la PALABRA DE DIOS ha estado presente en todos los tiempos y quizás el dejar que sean solo los sacerdotes y los hermanos y hermanas consagradas los que muestren en el mundo su creencia y FE, es lo que ha hecho que nuestra Iglesia se presente ante los ojos de los demás como una religión de domingos y de días festivos cuando la alegría y la paz que nos asegura NUESTRO PADRE se encuentra en vivir en cumplimiento de sus preceptos todos los días de nuestra vida y en cualquier actividad en la que nos desempeñemos.

Para el católico, demostrar con obras concretas nuestra FE es también pedido en la Declaración NOSTRA AETATE y, si lo hacemos con alegría y en constante búsqueda de nuestros hermanos, seremos capaces de provocar ese encuentro como BUENOS SAMARITANOS sin esperar nada a cambio, estaremos siendo fieles a la Santa Iglesia Católica y podremos acercarnos generando confianza en nuestros hermanos no cristianos.

Permitamos a la Virgen María, nuestra MADRE CELESTIAL, que nos acerca también a reconocernos como hermanos de un mismo PADRE CELESTIAL ser nuestro modelo de acercamiento y caridad para con el prójimo.

Gracias

